

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año VIII

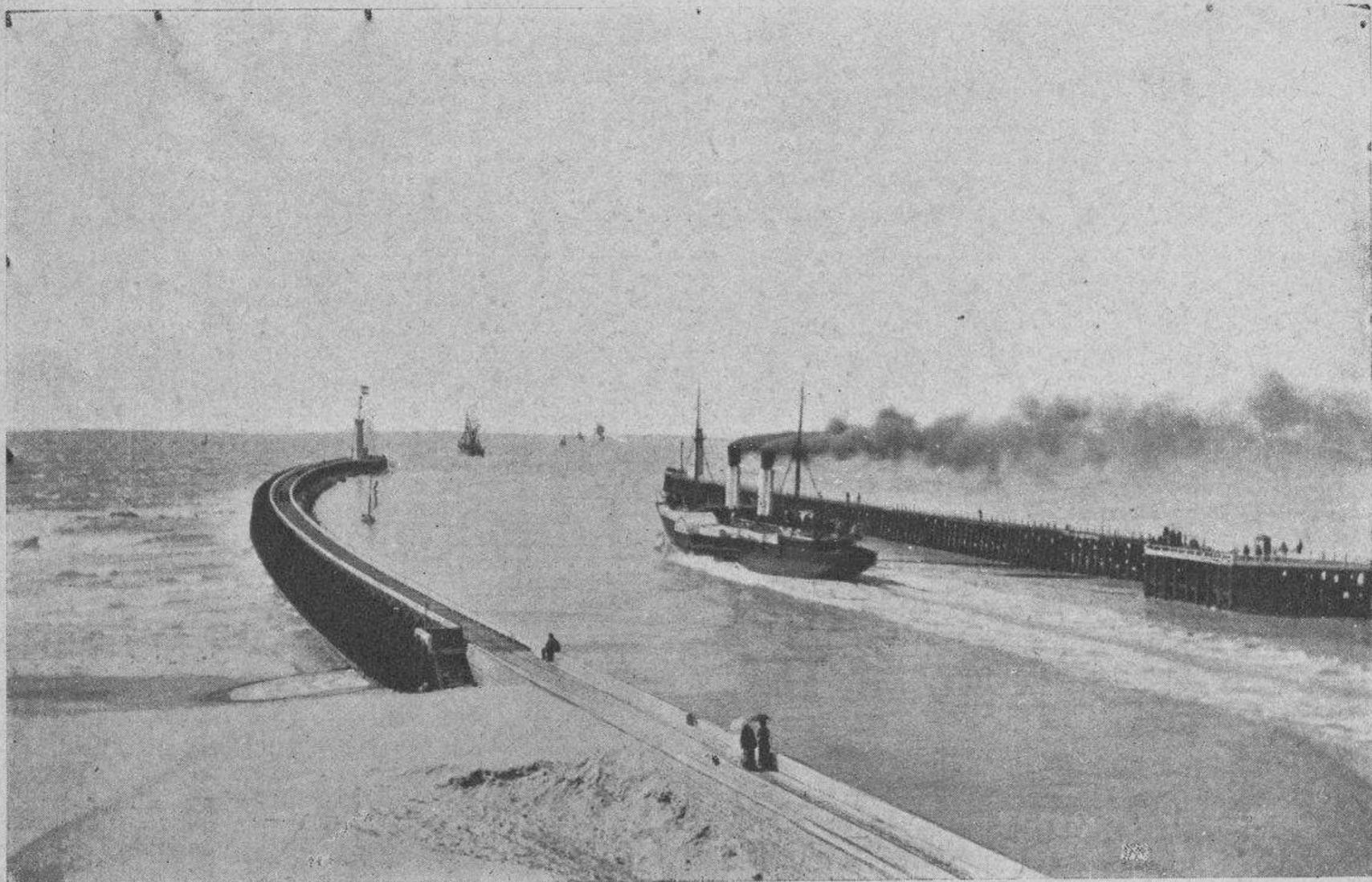
Barcelona 2 de Diciembre de 1897

Núm. 367

J. COSTESI



Recuerdo del carnaval de Niza



BOULOGNE. — Entrada del puerto

Burlas y veras

No sé por qué sitios helados pasaría el vientecillo húmedo de la otra noche ; pero sé que sorprendió á los incautos y sobre todo á los amantes de trasnochar, que casi puede decirse que constituímos legión. Yo también trasnocho ; ay de mí ! El demonio anda suelto y empeñado en que abjure de mi hermosa teoría sobre el sueño ; pero conste que protesto, que proclamo en alta voz esta verdad luminosísima : que la vida no vale la pena de despertarse.

Pues digo que á los incautos, á los que no piensan oportunamente y no reflexionan, por tanto, como se exponen dejando el gabán en su casa ó en la de préstamos, la brisa sutil les dió la otra noche un disgusto.

Tuvieron que levantarse la solapa, y sabido es que la solapa más recia no vale lo que un gabancillo vergonzante, entre otras cosas porque echa abajo la decoración del individuo. ¡ Cualquiera aventura un requiebro, llevando la americana en ristre, las manos en los bolsillos, y el bastón cogido entre brazo y pecho, á la funerala casi, casi !

A mí, si he de ser franco, no me cogió de susto la broma atmosférica, aunque sí me cogió sin gabán. Y fué lo primero, porque ya me figuro que á estas alturas el otoño se parece á una mujer coqueta : lo mismo pone buena cara á la primavera que al invierno, y de ahí que se caigan las hojas, y se mueran los tísicos, y esté medio mundo constipado, y se casen los mozos frioleros é impacientes.

Pero si bien iba yo naturalmente desabrigado, no tuve que perder la seriedad de mi figura grave. ¡ Si estoy tan enamorado del frío, como del sueño, y miren que en el sueño cifro mi ideal, y juro que el que no sabe dormir (en dormir también hay arte), no sabe vivir — advertiré de paso que, en fecha memorable, pasé durmiendo diez y ocho horas de un tirón !

Las manos me frotaba yo de alegría. El calor, señores, cae como una losa de plomo sobre el cerebro ; destruye todas las energías y no le deja á uno ser útil á la humanidad. ¡ Uf, el calor ! Lo detesto porque viene en la época de los animales, y principalmente de los animales asquerosos. Me gusta el otoño, no porque no hace frío ni calor, que eso es tan aburrido como el no tener goce ni pena, sino porque anuncia el invierno.

En esta tierra y en otras tierras otoñales, es una delicia empezar á sentir las ráfagas heladas de las horas desapacibles.

* * *

Pero yo había empezado á contar que en aquella noche (de esta última semana), nos sorprendió el frío, y á casi todos los trasnochadores, en cuerpo gentil.

Claro es que iba yo por la calle, pues de no ir ¿cómo transmitirles ahora tan profunda observación? Iba por la calle, digo, y bastante acalorado, departiendo según es uso y costumbre en todos los españoles, de cosas que no nos importaban un rábano.

Y en eso ¡oh dolor! turbaron el silencio de la noche, como diría un novelista por entregas, agudos gritos de disputa, que eran á la par lamento y protesta, y lloros de criaturas angelicales.

Un municipal había cazado á una mujer con dos niñas... acusándolas de implorar la caridad pública. Las llevaba... á la prevención, al Asilo ¿qué sé yo?, á la esclavitud odiosa, sobre todo para los que no tienen ni la dulce servidumbre de la casa; para los que respiran al sol, en plena corte de harapos, y duermen en un banco, en el quicio de las puertas.

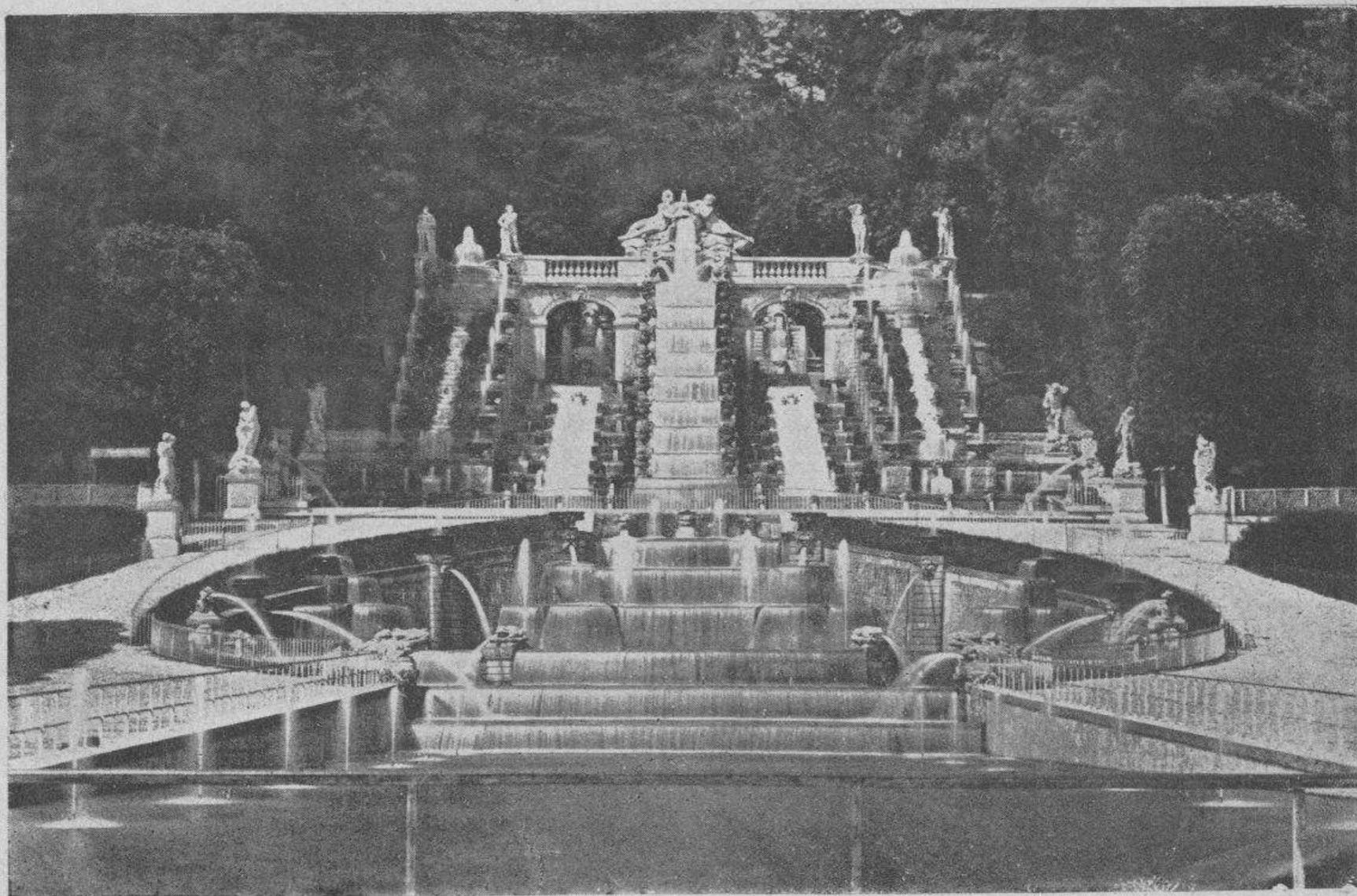
La niña era un ángel rubio, monísimo, de cinco años, no desfigurado aún por la miseria asquerosa.

Yo no sé si según las ordenanzas eran culpables. ¡Habían mendigado á la puerta de un teatro, donde tantos ricos van á engañar el tedio de vivir (porque no saben dormir, comprobación de lo que decía antes)! Pero sé que pasaron por mi imaginación ágil y despierta (cosa del frío), multitud de ideas atropelladas, tristes unas, ardientes otras. Vi á todos los niños abandonados en el arroyo, vi todos los asilos oficiales, cuya rigidez, cuya miseria moral se traslucía en el horror de aquel arrapiezo, y por esfuerzo de evocación vi á Cristo flotando en nimbos de luz sobre mis ideas y llamando á los infelices... y me empeñé, nos empeñamos mi amigo y yo, en que el municipal abriese la mano para que echasen el vuelo los pajarillos inocentes á quienes espantaba el duro ceño de la ley.

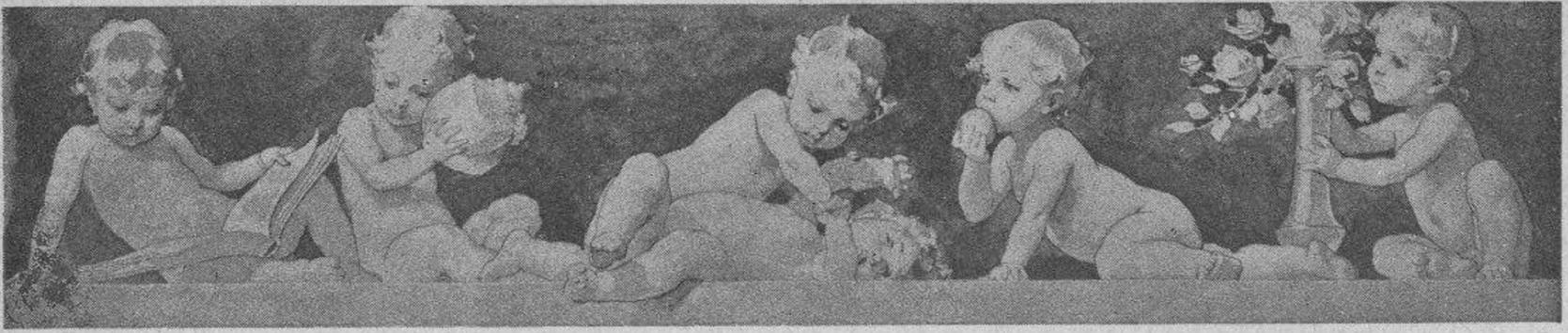
Y volaron... y quizás alegres no sentirían la brisa húmeda que hacia levantar las solapas á los transeuntes, mientras yo me retiraba sintiendo, por primera vez, santa pesadumbre de que hiciese frío en el arroyo.

CLAK.

ALREDEDOR DEL MUNDO



Cascada de Saint Cloud



El premio mayor

El venerable Kititi era un anciano que poseía, según las apariencias, el don inapreciable de la felicidad.

Siendo muy rico, daba, para ser feliz, pan y amor á los pobres; siendo muy bueno, tenía también, para serlo, dos niñas encantadoras á quienes amar, Takara y María, tan bellas como ángeles, y tan rubias, tan rubias, que cuando les daba el sol dudábase si era éste el que doraba sus trenzas, ó eran sus rubias trenzas las que doraban al sol. Suelos sus finos cabellos, diríase que podían derretir toda la nieve de aquellos lugares, en Naf-ton, en las blancas cordilleras del Olmakto, en las lomas siempre blancas del Neirostof y en las lagunas plomizas del Eifkarlt.

* * *

Un día el venerable anciano llamó á sus hijas, las rubias angelicales María y Takara, y abriendo un aposento, dentro del cual brillaban innumerables joyas, de manera que el obscuro fondo parecía un estuche amplio ó un nicho iluminado por lamparitas, brindó á las doncellas con la posesión de aquel fausto esplendente.

Takara dió un grito y entró en el aposento, ávida de recoger sus brillantes y ricas iluminaciones de fina pedrería.

María permaneció muda y aguardó á que su padre le destinase la ofrenda de su cariño.

El anciano miróla dulcemente, y abriendo una ventana, le mostró con la mano las inmensas llanuras de nieve, recortadas allá en lontananza por la niebla azulada del monte.

María reflexionó breves instantes, y murmuró después:

— Me gustan, padre mío, esos paisajes; amo en ellos á Dios, creador de la nieve y del fuego, del olvido y del amor; de la muerte, que es hielo y es perdón; de la vida, que es fuego y es sacrificio.

Tras los vidrios del palacio, empañados por la nieve que caía y golpeaba sin ruido, como si fuese símbolo de la muerte, que tragina en silencio y se filtra en todas partes sigilosamente, platicaba Kititi, ya caduco, con su hija predilecta.

Tenía entre sus manos un papel donde estaban escritos estos conceptos: «Padre y hermanos míos: Mi existencia es de nieve. Aunque vivo en la dulce, risueña Italia, y miro ante mis ojos un verde campo, que el sol dora y enciende, estoy triste, ¡tan triste!...

Tengo hiedra en mi huerto, flores en mis jardines, alondras y jilgueros en la enramada, oro en la vajilla de mi casa; y sin embargo, estoy harta de goces comprados, respiro almizcle y siento el alma fría como mis joyas. ¡Cuán heladas las piedras de mis anillos, cuán heladas las fibras del sentimiento!

— ¡Pobre hija mía! — murmuró el anciano, — ¿por qué escogiste las joyas en aquel sabio tributo con que mi amor te brindó?

Y María entonces, la hija predilecta, templó entre las suyas las ateridas manos del anciano, y dijo estas palabras deliciosas:

— La ofrenda que me diste, padre mío, congeló las pasiones de mi alma: dió en grave compensación azules horizontes al espíritu, calor y fuerza á la mente, cariño hacia el hogar; y mirad, padre mío: todas las nieves y hielos del espíritu humano tienen un sol de oro, un premio que no se acaba, en la fidelidad y en la gratitud.

¡Bendita sea la nieve de la razón!

LEÓN TOLSTOI.

ACADEMIAS



Recuerdos de París



VALENCIA. — Estatua de D. Jaime I en los jardines del Parterre

Cantar gitano

Por más que me aleje,
de tí no me olvido ;
como los pesares, como los recuerdos
te llevo conmigo.

Te llevo conmigo
tan honda, tan honda,
que tu alma es mi alma, tu vida mi vida,
tu sombra, mi sombra.

No digas á nadie
que en mí vives presa ;
el mundo es la cárcel, yo soy el cautivo
y tú la cadena.

MANUEL DEL PALACIO.

En el estudio

SONETO

El color chorreando en la paleta,
esbozada en el lienzo la figura,
y la luz penetrando con dulzura
la roja sarga al ventanal sujeta :
en el ancho diván, tendida y quieta,
una mujer, de espléndida hermosura,
muestra al pintor, con desnudez impura,
su carne que en el lienzo se aboceta.

Para pedirle inspiración y vida,
mira el pintor á la mujer desnuda,
sin que el deleite, del deber le aparte ;
y la hembra, en santuario convertida,
su carne está, para el deseo, muda,
viva para la gloria y para el arte.

JOAQUÍN DICENTA.



El Havre á vista de pájaro

La justicia de José Antonio

(EPISODIO HISTÓRICO)

II

No fué larga ni dificultosa la deliberación del Consejo. En lenguaje claro y conciso, José Antonio, que ejercía á un tiempo la presidencia, la fiscalía y la ponencia, expuso su criterio, que fué unánimemente aprobado, y á los diez minutos volvían los miembros del Tribunal con paso lento y rostro grave al sitio en que esperaban los procesados.

— Señores, — pronunció el capitán-presidente con voz sonora — el Consejo ha deliberado. Y en méritos de la causa, y teniendo en consideración los datos que la misma arroja, ha pronunciado el siguiente fallo, que será inmediatamente ejecutivo :

Una pausa. Extremecimiento general por parte de los viajeros. Don Tiberio y don Timoteo dan diente con diente. El gordo capuchino suda de angustia. Los demás no se atreven á respirar. Y en medio del sepulcral silencio que reinaba, resonó la voz formidable de José Antonio :

— Quedan condenados á la pena de muerte, y serán ahorcados dentro de una hora á contar desde la lectura de este fallo, los señores don Tiberio Galoróspide, presidente de Sala; don Timoteo Gracián Uberruscosa y fray Hortensio del Rosario, provincial de Capuchinos.

— ¡ Protesto !... — gimió con acento desmayado el M. I. Sr.

— ¡ Ave María Purísima ! — exclamó con voz cavernosa el fraile.

— ¡ Ay de mí ! — dijo llorando el catedrático.

Impertérrito el bandolero, prosiguió su declaración. No se pronunciaba ninguna otra sentencia de muerte; pero sí la de azotes en grado máximo, medio y mínimo, ó sea de 25 palos, 12 y 6 contra varios viajeros. Los de la vaca salían absueltos, en atención á ser pobres de solemnidad y de carácter inofensivo.

No les hacía mucha gracia á los condenados á apaleamiento la perspectiva de recibir en brevísimo plazo una paliza en regla; pero consolábanse hasta cierto punto, con la reflexión de que es siempre preferible verse apaleado que ahorcado, y de que mal por mal, era su destino mucho menos negro que el que esperaba á los ilustres viajeros del cupé.

— Supongo — añadió José Antonio una vez concluído el pronunciamiento del fallo — supongo que ninguno de ustedes tendrá nada que alegar contra una sentencia tan conforme á ley y al buen sentido.

Estas palabras, en las que se vislumbró una vaga esperanza de arreglo, y sobre todo el ansia con que un hombre se agarra siempre al último recurso, devolvieron un poco de energía al espíritu conturbado de los tres reos de muerte.

— Sí, señor, tengo que objetar... — exclamaron á un tiempo y como un solo hombre.

— Francamente, no se me alcanza qué razones pueden ustedes oponer á una sentencia tan justa — observó el capitán encogiéndose de hombros. — Però, en fin, como me precio de ser razonable y nos quedan todavía 58 minutos antes de proceder al cumplimiento de los acuerdos del Consejo, no tengo inconveniente en escuchar las objeciones de orden puramente... platónico, que se les ocurra. Pero les aconsejo que sean concisos, siquiera para que les quede el tiempo indispensable para prepararse á bien morir.

Esta última reflexión hizo pasar una corriente helada, de un frío intenso, por la columna vertebral de los interesados. Però la idea del inminente peligro galvanizó la voluntad del presidente de Sala, que apelando á toda su energía empezó un discurso de protesta, esforzándose en demostrar que aquel fallo era improcedente, ilegal, opuesto á derecho y á justicia, contrario á las leyes divinas, á las humanas, monstruoso, inícuo, bárbaro... salvando, por supuesto, los respetos que se debían á los señores que lo habían pronunciado.

El Presidente de Sala gozaba fama de elocuente y de expertísimo en dialéctica jurídica. Però en esa ocasión no justificó en manera alguna la bondad de su reputación. Premioso, difuso, obscuro, perdía á cada momento el hilo de su discurso, expresaba en incoherentes y torpes períodos, vulgarísimos conceptos, lastimosas trivialidades. Y José Antonio escuchándole, impasible, no parecía ni remotamente convencido: hizo, por último un gesto de impaciencia, que dejó atascado á don Tiberio, en medio de un argumento mal hilvanado, y tomando la palabra, repuso:

— Compadre, todo eso es pura parla, y por ahí no se va á ninguna parte. Para ser usted magistrado, me parece que raciocina usted rematadamente mal. La cuestión es muy clara, y no se necesita tanta saliva para comprender que nuestro fallo no tiene vuelta de hoja, y que es de lo más justo que pueda haber en el mundo. Y sino, vamos á ver: si en vez de caer usted en mis manos, hubiese yo caído en las de usted, ¿qué habría hecho conmigo la justicia representada y dirigida por esa Sala que usted preside?... Pues mandarme á la horca: ¿no es verdad? no diga que no... Usted me habría condenado á sacar la lengua en medio de la plaza pública: como si lo viera... Ahora bien: ¿qué cosa más natural y más conforme á derecho, á equidad y á justicia que yo haga con usted lo que hubiese usted hecho conmigo, á ser usted el juez y yo el procesado?... Me parece que la cosa no puede ser más clara...

— Perfectamente, — insinuó con voz temblorosa el profesor de filosofía, interviniendo en el debate — que usted haga ahorcar al señor, se explica; però yo ¿qué culpa tengo?... yo no soy ni juez ni magistrado.

— Ni yo tampoco... — declaró el órgano cavernoso de fray Hortensio, — yo no soy más que un pobre fraile.

— Però son ustedes dos genuinos representantes, columnas sólidas, espíritus directivos de esa sociedad, con la que vivo en perpetua guerra, y que me habría enviado al patíbulo sin vacilar... como me enviará el día de mañana, si tengo la desgracia ó cometo la torpeza de dejarme coger. Nada, señores, lo mejor es que cada cual cumpla su misión en esta tierra. Hoy les toca á ustedes caer debajo, ¿no es verdad? Pues resignarse, que al fin y al cabo la vida es un soplo, una miseria, y no vale la pena de disputársela al destino. Usted que es fraile, y usted que es filósofo lo saben mejor que yo.

— Però, hombre... — imploró semi-agonizante el catedrático.

— Déjese de peros... y piensen en lo que urge. El tiempo pasa, y faltan sólo catorce minutos para poner el alma en condiciones de presentarse dignamente ante el Supremo Hacedor; con que, al avío, señores... Indalecio: prepara las cuerdas y escoge las ramas más altas y más sólidas.

No trataron ya de protestar ni de argüir los tres desdichados: al escuchar la terrible orden, miráronse con expresión de indecible espanto, y cayendo á un tiempo de rodillas, juntando las convulsas manos, exclamaron con voz hipósa, trémula de horror:

— ¡Perdón !... ¡perdón por amor de Dios!

* * *

El bandolero contempló durante un buen rato á sus prisioneros, gimoteando, postrados en actitud humilde. Una sonrisa maligna se pintó en sus labios.

— Vaya, caballeros, — declaró tras una pausa — en uso de mis facultades discrecionales



¡Para abrir el apetito...!

frenética de los presentes. Hasta que de un traspies cayó tumbado el fraile, y con ello terminó el espectáculo.

les y guiado por mis sentimientos humanitarios, concedo á ustedes indulto pleno... á ustedes tres y á todos los demás viajeros.

Un rugido de inmensa satisfacción se elevó por los aires. Don Tiberio dejó escapar un lloriqueo de alegría; don Timoteo casi se desmayó de gozo, y fray Hortensio lanzó con toda la fuerza de sus pulmones un grito estentóreo de «¡viva el señor José Antonio!»

— Pero con una condición... — añadió el capitán. — Ustedes tres van, en pago de la vida que les concedo, á bailarnos aquí un fandango en toda regla. Indalecio: en vez de coger las cuerdas, coge la guitarra, y á ver si te luces, como se lucirán esos guapos chicos.

Miraron los tres indultados de la pena capital al bandolero con aire estúpido.

— ¡Ea! señores, un poco de alma y de pies, ¿estamos?

— Pero, capitán... — balbuceó consternado el fraile— como quiere usted que...

— ¡Rediós! — gritó con voz de trueno José Antonio: — ¿Han acabado ustedes de poner reparos?... Escojan ustedes: ó la horca ó el fandango...

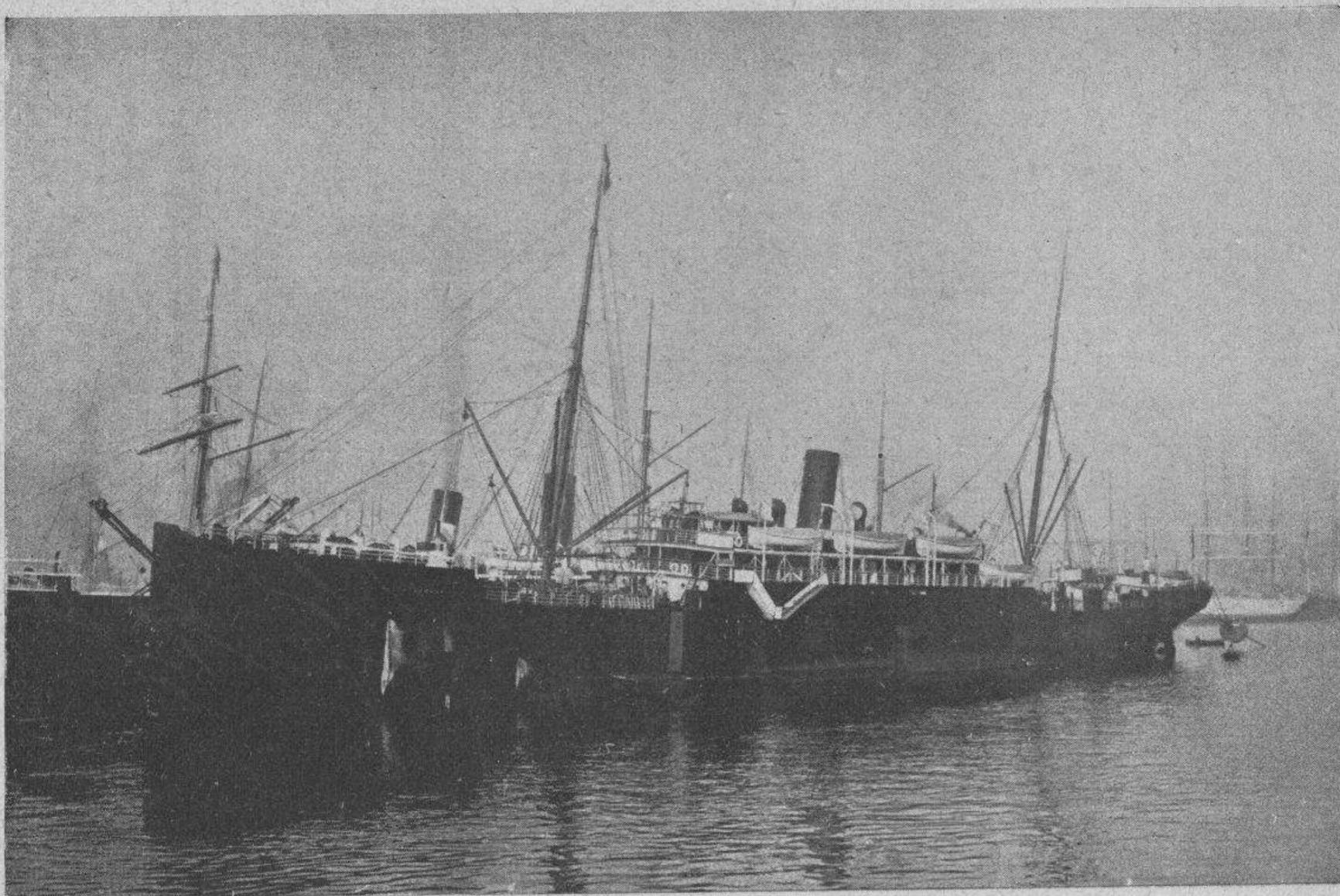
Entonces presenciaron bandidos y viajeros un espectáculo grotesco. En tanto Indalecio rasgueaba airosamente su guitarra, don Tiberio, don Timoteo y fray Hortensio, rígidos los trastornados rostros, pusieron á bailar con gestos de autómatas, con movimientos de fante. Y al ver á aquellos tres personajes tan graves, de fisonomías naturalmente austeras, flacos los unos como husos, gordo el otro como un lechón, meneando torpemente las piernas, imprimiendo al cuerpo oscilaciones extrañas, produciendo, en suma, el efecto más ridículo que pudiera desear el caricaturista más incoherente, una risa inextinguible, histérica, se apoderó de todos los espectadores. Pálidos de coraje, de vergüenza y de miedo, don Tiberio y don Timoteo, rojo como un pimiento y echando los bofes fray Hortensio, se detuvieron al oír las carcajadas; pero una señal imperiosa de José Antonio les obligó á continuar, y durante diez minutos la grotesca danza prosiguió en medio de la hilaridad

LLEGADA DE WEYLER Á BARCELONA



Desembarco en el muelle de la Paz

Fot. A. Merletti



Transatlántico «Montserrat», en que ha hecho la travesía el general de la Habana á la Península

— Ahora, baila tú, salero, — ordenó el capitán dirigiéndose á Hermenegilda, que desdenosa y bravía había contemplado la escena. — Siempre lo harás mejor que esos tres marrachos.

— No quiero, — repuso ella torciendo el gesto.

— ¿Qué dices, hermosa? — interrogó el bandolero con ademán y voz de amenaza.

— Que no me da la gana.

— A que te obligo yo...

Y fruncidas las cejas, avanzó cuatro pasos hacia la chula. Pero entonces ésta dió un brinco atrás con ligereza de gacela, arrancó de las manos del bandido que más cerca tenía el retaco, y echándosele á la cara, exclamó resuelta:

— Al que se acerque, le abraso...

Los viajeros temblaron; los facinerosos miraron asombrados á la hembra; hubo un momento de silencio, que José Antonio rompió diciendo:

— Bien, muchacha; eres tú más hombre que todos esos hombres; deja el retaco y no temas. Te doy mi palabra de caballero y de ladrón, que nadie ha de molestarte en lo más mínimo. ¡Ea! que se le devuelva á esa mujer lo que se le ha quitado. José Antonio sabe lo que se debe á los valientes.

JUAN BUSCON.



Oleaje

I

Sobre la dorada arena
que en vaivén arrullador
remoja la mar serena,
oye una niña morena
promesas de un pescador.

Solos con su dicha están...
Recoge el aura sencilla
las promesas del galán,
y rompiéndose en la orilla
las olas vienen y van.

II

Dejó un día el pescador
las redes abandonadas,
y encontró puesto mejor
en un esbelto vapor
de ochocientas toneladas.

Para el día de San Juan
prometió que volvería
el mozo á calmar su afán...
y siguiendo su porfía
las olas vienen y van.

III.

Sobre la dorada arena
que en vaivén arrullador
remoja la mar serena,
está la niña morena
esperando al pescador.

Y su alma el dolor abruma,
al ver que, de tanto afán,
sólo queda algo de espuma,
una playa envuelta en bruma...
y olas que vienen y van.

V. SERRANO CLAVERO.



Ciencia vana

En los misteriosos valles de la India, tocando casi con las estribaciones gigantescas de la espina dorsal del Asia, rodeado del temor y del respeto de millones de hombres, habitaba un hierofante, venido de la Asiria, que enseñaba nuevas doctrinas á los que llamaba sus semejantes, y que en realidad no eran sino esclavos de su sabiduría.

A los que no habían jamás conocido las dulzuras del bienestar enseñóles profesiones é industrias desconocidas que en poco tiempo les enriquecieron; á los que habían perdido la fe en la vida y en los hombres, les habló de una nueva morada, donde los humanos penetran cuando el alma abandona en esta tierra el cansado envoltorio de carne; á las mujeres que gemían á causa de la esclavitud á que las condenaban sus dueños celosos, les explicó cómo se domina obedeciendo, cómo se exalta humillándose; hizo comprender á los poderosos la suavidad de su poder y de su fuerza.

Sin descansar un punto en su apostolado, predicó el reinado de la esclavitud sobre la tierra, y con su palabra hizo comprender á los más torpes la calma y el bienestar morales que se disfrutan cuando se logra contener el ímpetu de las pasiones, la reserva de fuerza y dicha que implica la contención de los apetitos desordenados, y logró que durante muchos años la paz, la fraternidad y el bienestar imperaran sobre aquellos valles donde la Naturaleza agotó sus dones.

El hierofante disponía de un poder omnímodo. Como si hubiese descubierto los secretos de los dioses, como si le obedecieran la Fuerza y las Causas, á su antojo disponía del destino de los hombres y de las cosas. Para llevar á buen término la obra emprendida, para realizar la redención deseada, mil veces obró verdaderos milagros que causaban la admiración de cuantos los veían, haciendo que se prosternaran humildes y aterrizados ante aquel hombre desconocido y poderoso, que predicaba una doctrina jamás formulada; y daba, juntamente con el alimento del alma, pan á los cuerpos.

Un día, señalado entre todos, cruzó por el camino del sabio un entierro. Una muchacha joven, casi una niña, más pura que los claveles silvestres que abren sus corolas en los bosques sagrados del valle de Delhi, iba á devolver á la tierra, la gran creadora, la materia que le prestara para moldear aquellas formas gráciles de soberana belleza. Los padres de la niña, al ver al hierofante, inclinaron la frente al suelo y le rogaron que resucitara á su hija.

El sabio se adelantó, retiró el sudario, é imponiendo con ademán hierático su mano sobre la frente de la muerta, le mandó que volviera á la vida. Y los asistentes vieron con terror indecible que los párpados se levantaban, que la boca, rígida, se entreabría, y que la que momentos antes reposaba en el seno de la Muerte, volvía, bella y fuerte como nunca, á los dominios de la vida.

Otra vez curó á un ciego, y á su acento poderoso las tinieblas se disiparon y la luz alumbró el obscuro cerebro.

Más tarde hizo que la justicia perdonara á un condenado á muerte por homicidio.

Todos los valles de la India septentrional fueron redimidos por el augusto apóstol, y cuando éste dejó su obra cumplida, á través del tiempo y del espacio, marchó á regenerar nuevos pueblos.

* * *

Las plantas habían abierto sus flores muchas veces; los árboles se habían vestido de nuevas hojas, y el agua de los ríos sagrados había sido filtrada por el mar cuando el hierofante volvió al país de su predilección.

Observó que ya no reinaba la fraternidad entre los hombres; que la riqueza destruía los vínculos de familia. Y el sabio se apenó pensando cuán frágiles son las obras que se cimentan sobre el corazón humano.



Mendigo italiano

Antes de entrar en la ciudad vió una reunión de hombres. Uno de ellos estaba arrodillado con la cabeza sobre un tajo, y otro, con una espada levantada, iba á separar aquella cabeza del tronco estremecido.

Dentro de la ciudad advirtió el sabio una tienda de pajarero. Este tenía en una mano un jilguero y en la otra una varilla de acero calentada al rojo. Todos dijeron á su redentor:

— La ley de la vida así lo quiere; la ceguera de los demás impide que las tinieblas vuelvan á reinar en mi cerebro.

En el templo de Venus las sacerdotisas corrompidas se entregaban á una saturnal. Y los esclavos que les habían servido para sus placeres, eran decapitados al salir de los brazos de aquellas mujeres.

Una de ellas se adelantó hacia el sabio, y le dijo:

— Señor, perdonadme; yo, que os debo la vida, la arrebató á otras criaturas; pero es esto ley de vida. Sin ello el pueblo conocería nuestra infamia, y nos execraría.

El hierofante marchó sin volver la cabeza y maldijo la ciencia que, empleada para el bien, engendraba el mal.

A. RIERA.

Los jueves, POR CLAUDIO

En el Circo taurino de Madrid
tuvo lugar una sangrienta lid
 entre un tigre arrogante y muy pintado
 y un toro «Barrionuevo» bien armado.
 La fiereza de entrambos luchadores
 atrajo á infinidad de espectadores;
 pues en esta batalla original
 se interesaba la honra nacional.
 Halláronse en la arena los rivales,
 y con ódio muy propio en animales
 cambiaron un saludo tan airado,
 que el ágil tigre vaciló escamado.
 El toro repitió sus atenciones
 con tanta diplomacia en los pitones
 que el valiente del Africa, hecho un maula,
 para salvar su piel saltó á la jaula
 cuya puerta, con lógico temor,
 abrió el atribulado domador,
 en tanto que estallaba alegremente
 un aplauso frenético y ferviente.

Allá en Alcantarilla,
 que ha demostrado ser una gran villa,
 la gente, rebotando de contento
 ha hecho á Bernal un buen recibimiento,
 saliendo el pueblo en masa
 y llevándole en hombros á su casa.

—
 Te admiro en ambos casos, noble España,
 que en ellos se revela
 tu alma fervorosa, y no me extraña
 que salgas triunfante en los reveses,
 ¡fuiste lo mismo en tiempos de mi abuela!
 ¡tenías toros entonces... y franceses!



TROUVILLE-SUR-MER. — El barrio nuevo

❖

El Pegaso

Ver, sentir, gozar ansiaba,
y por saciar el profundo
anhelo que me inquietaba,
la resolución tomaba
de llegar al fin del mundo.

Una dulce amiga mía,
llamada la Fantasía,
que me tiene medio loco,
«contigo voy», me decía,
«pero el tren anda muy poco».

A grupas en mi corcel
sube. — Subí. ¡Gentil caso!
Cual las velas de un bajel
extendió las alas él,
y alzó el vuelo. Era el Pegaso.

Como el águila caudal
emprendió la sin igual
vertiginosa carrera,
que con risa celestial
regía mi compañera.

Valles y montes se hundían;
pasábamos á través
de las nubes, y corrían

imperios que parecían
juguetes á nuestros pies.

El corcel, sin dejar huellas,
cruzó las etéreas salas;
fulguraban las estrellas
entre las blancas y bellas
plumas de sus grandes alas.

Entre mil luceros de oro,
entre mil soles de fuego,
por sendas de luz que ignoro,
hízome ver sin sosiego
cuanto ansío y cuanto adoro.

Cuanto admira la ilusión
en perpetua lontananza;
cuanta verdad ó ficción
sueña la imaginación
y promete la esperanza.

De este mundo sublunar
desde entonces no hago caso.
Si algún bien quiero gozar,
no tengo más que gritar:
«¡ abre las alas, Pegaso !»

TEODORO LLORENTE.

El Ausente

El reloj público de la aldea de Berrí dió las doce del día, y después de la última campanada, salieron de la escuela multitud de chicuelos, escapando hacia sus respectivos domicilios.

El maestro, hombre joven, de barba rubia y de elevada estatura, se presentó en el umbral, cerró la puerta y cruzó la calle para dirigirse á la posada inmediata.

E. LUZZI



Capricho de artista

Cuando entró en ella, ya tenía preparado su cubierto en la sala del piso bajo. Justino Pauly — así se llamaba — se sentó ante una mesa y cortó una rebanada de pan. De pronto notó que no estaba solo. En la mesa del fondo había un hombre mal vestido, con la cabeza apoyada en las manos y los codos sobre la mesa, ante una copa de cerveza.

No podía precisarse la edad de aquel personaje, pues los rasgos característicos de la fisonomía habían desaparecido, descompuestos sin duda por una erupción de toda la



Mujeres turcas. — Princesa

— No lo sé. Hace una hora que está ahí ante su copa, sin beber. Cuando entró me miró de un modo tan particular, que llegó á asustarme. Me alegro de que haya usted venido, porque papá está fuera y Catalina y yo sentíamos ya cierta intranquilidad.

— Pero supongo que no va usted á dejarme solo por miedo á ese hombre.

— Nada de eso.

— Siéntese usted á mi lado.

— Con mucho gusto.

Enriqueta y el maestro se pusieron á hablar de cosas indiferentes, como todos los días, sin hacer caso del desconocido.

Catalina sirvió al maestro el resto de la comida, y cuando los dos amigos volvieron á quedarse solos, Justino preguntó á la joven:

— ¿Y qué noticias tiene usted de... allá?

— Ninguna.

— ¿No ha contestado el coronel?

— Ni una palabra.

— Creo que ya no cabe la menor duda.

carne, que obstruía los ojos, las fosas nasales y la abertura de los labios.

Justino Pauly recordó haber visto en un Museo anatómico algo parecido y exclamó:

— ¡Será un minero víctima de una desgracia! ¡Pobre diablo!

A los pocos instantes entró en la sala la hija del dueño del establecimiento, Enriqueta Lucotte, con la sopa.

Los dos sonrieron al verse; Justino sentía por ella grandes simpatías, desde que se estableció en la aldea, porque la encontraba muy hermosa y mejor educada que las demás mozas del país.

Enriqueta dejó la sopera y se apoyó en la mesa, con los puños cerrados. Mientras se ataba la servilleta al cuello, Justino la preguntó:

— ¿Qué hay de nuevo, Enriqueta?

— Nada de particular. Y usted ¿cómo sigue?

— Lo mismo que siempre.

Luego, en voz muy baja, preguntó á la hija del posadero, indicando al desconocido:

— ¿Quién es ese?

— ¡Pobre Anatolio! — exclamó Enriqueta sollozando.

Vamos, Enriqueta — dijo el maestro — no hay para tanto, y es preciso resignarse. Hace un año que estamos convencidos de que habrá muerto. ¿No han dicho sus dos compañeros que han regresado á Francia, que dos meses antes del encuentro de Liang-Phu había desaparecido como desertor? Habrá caído en poder de los piratas que pululan por la colonia.

Pero Enriqueta seguía llorando, al pensar que el hombre á quien había amado con delirio, estaría muerto y sepultado en China.

— ¡Pobre Anatolio! — repetía la infeliz. — ¡Me quería tanto! A no haberlo impedido su desgracia, estaríamos ya casados á estas horas.

— Indudablemente — contestó Justino Pauly. — ¿Pero cree usted que no hay en el mundo quien pueda amarla tanto como Anatolio?

— Lo dudo.

— Pues ese sér existe.

— ¿Y quién es?

— Yo, Enriqueta.

La hija del posadero se puso encarnada como la grana, y sus lágrimas se evaporaron al calor del fuego de sus mejillas.

El maestro se apoderó de una de las manos de Enriqueta, y dijo con voz imperceptible.

— Anatolio ha muerto y ya lo ha llorado usted más de lo regular.

La joven bajó la cabeza y no contestó.

— Veo — repuso Justino — que le ama usted todavía y que á mí me desprecia. Ya sé qué partido debo tomar.

— ¿Qué va usted á hacer?

— Voy á solicitar una permuta y para ello pienso dar hoy los primeros pasos.

Enriqueta asió de la otra mano á su amigo.

— ¡No hará usted eso!

— Sería una estupidez mi permanencia en esta aldea desde el momento en que usted me rechaza.

— ¡Qué yo le rechazo! Nada de eso, Justino. Al contrario. Sentiría en el alma que abandonase usted el país como Anatolio.

ALREDEDOR DEL MUNDO



Mujeres turcas. — Beduina

Las lágrimas inundaron nuevamente los ojos de Enriqueta. El maestro la atrajo hacia sí, la estrechó entre sus brazos y le dió un beso en la frente.

— No llores, hija mía — le dijo — no quiero que llores, Enriqueta. No me moveré de la aldea... Si quieres pediré á tu padre...

— Ahora no, luego...

— Pero... ¿serás mi esposa?...

— Sí, y me tendré por la más dichosa de las mujeres.

Los dos amigos volvieron á abrazarse con extrema ternura.

Pero los separó el ruido de una silla. El desconocido se puso en pie, apuró de una vez la copa de cerveza, echó sobre la mesa veinte céntimos y se dirigió hacia la calle. Al pasar por delante de Enriqueta y del maestro, fijó en ellos su mirada, y con paso inseguro salió del establecimiento.

— No ha bebido más que una copa de cerveza y se tambalea como un borracho — observó Justino.

— ¿Ha visto usted con qué descaro nos ha mirado? — murmuró la joven.

A los pocos momentos, Enriqueta dió un grito y se puso pálida como una muerta.

— ¿Qué te pasa? — le preguntó Justino. — ¿Estás mala?

— Ese hombre, ese mendigo... es...

— ¿Quién?

— Lo he reconocido por sus ojos... Estoy segura de ello.

— ¿Le has conocido?

— Sí, es él...

Enriqueta no dijo el nombre, pero el maestro comprendió, desde luego, á su amada.

La joven se levantó para salir á la calle, y Justino la detuvo como si temiese que por aquella puerta se le escapara la dicha inmensa que acababa de alcanzar.

— No salgas, Enriqueta, no salgas, por Dios.

— Es preciso que nos cercioremos de la verdad.

Y asidos de las manos se dirigieron á la puerta de salida.

La calle estaba desierta, y allá á lo lejos, al comenzar la curva de la carretera, divisaron una mancha negra que se alejaba precipitadamente.

MARCELO PREVOST.

Tres besos

I

Corría placentera
aprimado entre sus labios rojos
el tallo de un clavel, que en la pradera
crecía entre zarzales y rastros,
y acercándose á mí, que distraído,
miraba complacido
su cuerpo escultural, sorbido el seso,
me dijo con acento decidido:

— Si coges el clavel te doy un beso.

— (¡ !)

Al contemplar mi asombro
soltó una carcajada aguda y loca
y añadió, reclinándose en mi hombro:

— Un beso te daré, pero te toca
ganarlo en buena lid, franca y reñida.
Si has de alcanzar la ofrenda apetecida,
quítame de los labios con tu boca
esta flor que sujeto decidida.

Movía una y cien veces
la cabeza en distintas direcciones,
yo, sintiendo amorosas tentaciones
y arrojando servil sus esquivances,
buscaba como término á mis males
el premio á mi faena abrumadora.

¡ Un beso de su boca tentadora,
que Dios hizo de perlas y corales!

Redoblando con ímpetu mis bríos
se encontraron sus labios con los míos,
y sonó de repente
de un idilio de amor el beso ardiente.

II

Penetré con temor... Estaba sola...
Palpitante de amor llegué á su lado.

Los mil recuerdos de mi amor pasado
venían en confusa batahola
á adormecer mi espíritu cansado.

Por lazo indisoluble á un hombre unida,
ella, en aquel instante,
cometía al citarse con su amante
la acción más torpe de su triste vida.

Sonó á lo lejos matinal campana
anunciando llegado el nuevo día.
Amorosa sus brazos me tendía...
Me dió un beso y salí... por la ventana.

III

Aquel amor arrebatado y loco
se borró con la ausencia poco á poco.

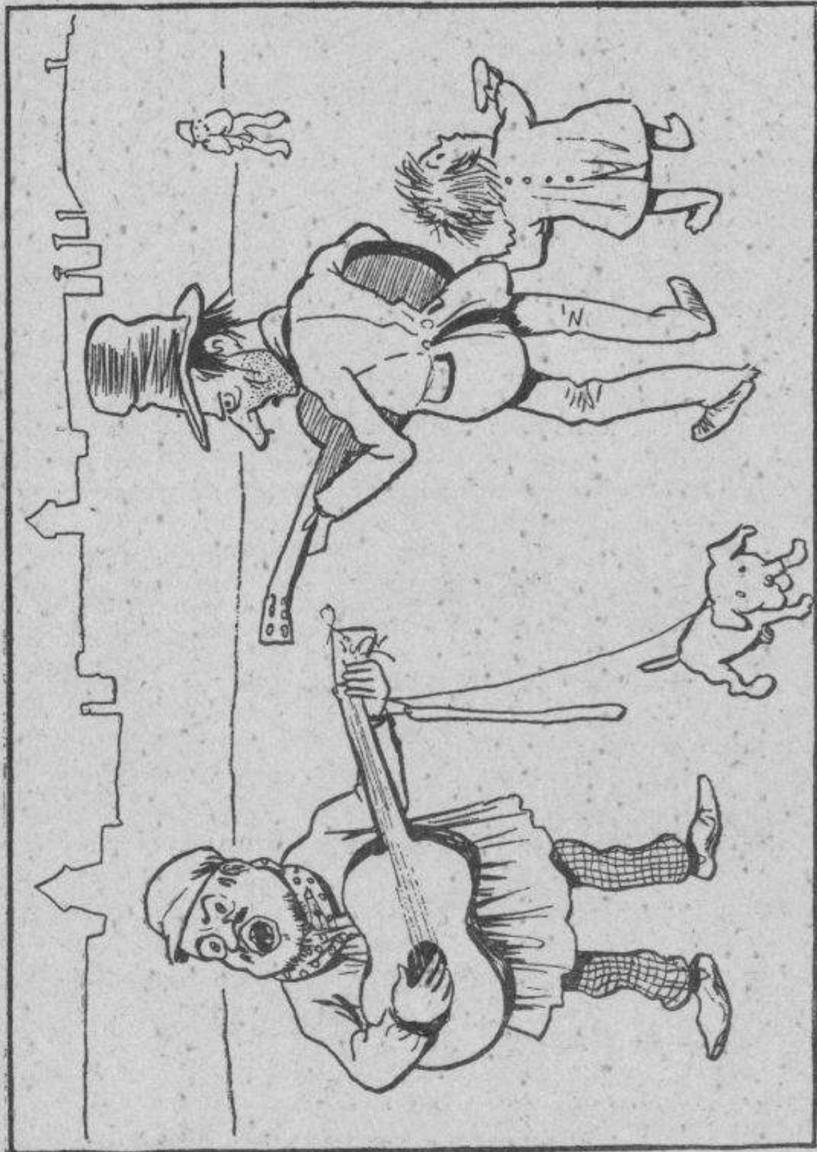
Saturado de amor y desengaños,
después de muchos años
volví al lado de ella
sin sentir la emoción embriagadora
de la pasión aquélla
que germinó en mi pecho asoladora,
— ¿Te has casado? — me dijo.

— Voy á unirme —

contesté con despego —
á una mujer á quien adoro ciego,
en lazo eterno, indisoluble y firme.

Levantóse enojada;
se reflejó brillante
el rayo del despecho en su mirada,
y uniendo nuestros labios un instante
con aire vengador, fosco y arisco,
en vez de un beso... ¡ me atizó un mordisco!

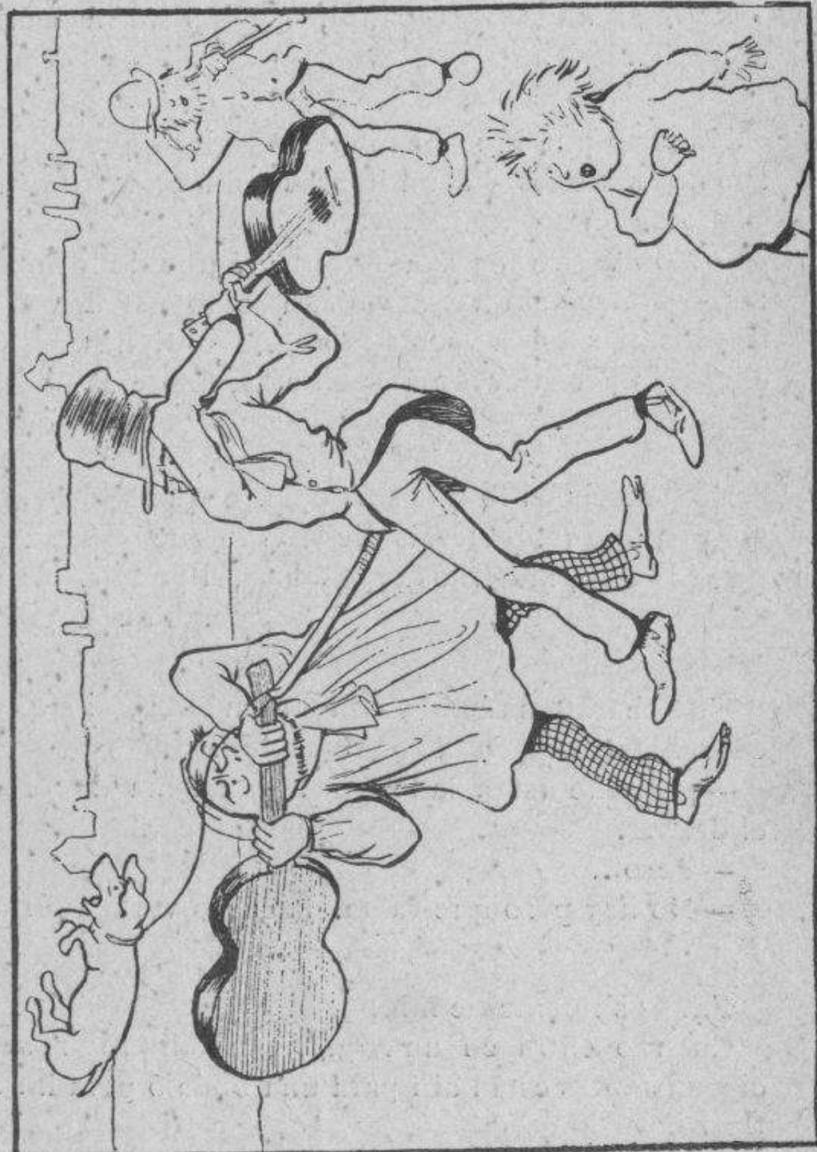
J. LLÁCER PRÍNCIPE.



— Salí á las ocho de la mañana, de la mañana...
(Música de *El duo de la Africana*)



— ¿Qué miras? — Yo, que cantas muy mal. — Mal ó bien estas cosas me corresponde y ya te estás largando, si no quieres...



— ¡A qué no!
(Concierto vocal é instrumental)



(Pobre 3.º) — No cantéis más *La Africana* iros á la prevención

que allí la jota que es gloria sus van á cantar á los dos...





Agradeceríamos mucho al señor Administrador principal de Correos procurase remediar las molestias y los perjuicios que nos irroga el extravío demasiado frecuente de los paquetes que enviamos á nuestros corresponsales.

Sus quejas son interminables; cuando no les falta un periódico, les falta la remesa toda. Y el mal ocurre y se repite cuando va LA SAETA lejos y cuando se queda en la provincia.

A nosotros nos parece que la cosa tiene remedio y esperamos que el señor Administrador y sus subordinados nos complazcan.

Porque no es justo que no podamos cumplir nuestros compromisos con suscriptores y corresponsales. ¡Digo yo!



¡Zambomba!

«Se desea una criada inglesa que hable bien el francés y que no sepa el español.»

Pero si no sabe español, ¿cómo va á leer el anuncio?



He visto una vez — dijo cierto viajero que contaba sus impresiones — á un hombre sin brazos tocar el piano de un modo notable.

— No me extraña eso, — contestó uno de los oyentes, — porque sin haber viajado como usted, veo todos los días á una vecina mía, que no tiene voz, y se empeña en cantar óperas enteras, desde la mañana hasta la tarde.



No penséis en lo que sois ó en lo que habéis sido; sino en lo que debierais ser y en lo que no sois; después de esto, mostraos orgullosos, si podéis.

TOMÁS ADAM.



Una charlatana habla con un médico, sin que le deje meter baza en la conversación.

— ¡Enseñe usted la lengua! — exclama de pronto el doctor.

— Pero...

— No hay pero que valga. Prefiero verla á oirla.



F... es sumamente miope.

Cuando entra en una iglesia no distingue si los circunstantes están allí para una boda ó para un entierro.

— En tales casos — explica á un amigo — me acerco á las últimas filas y examino las caras de los asisten-

tes: si están tristes, es un casamiento; si, por el contrario, parecen alegres y divertidos, es un entierro.



Soluciones. — A la charada anterior: VENENOSO.

Al rompe cabezas: JOSÉ MESEJO.

Correspondencia

L. Gante. — Barcelona. — Sí señor, sí; el dolor es necesario y el acibar también. Son dos cosas amargas muy útiles, al revés de lo que ocurre con la oda que nos ha remitido.

Nemesio. — Córdoba. — Sí, señor, sí; sé lo que ocurre: que las cerezas se ensarzan, y que la cosa fué en el campo, naturalmente, y usted mordía el rabillo y la invitaba á ella á robarle el fruto con su boca *quisiendo* que mordieran aquellos dientes ¡tan apretaditos! que esto producía risas, y que á la postre salía ella del juego encarnada. Todo ese idilio lo ha ido usted á deletrear en varios sapientísimos varones, desde Víctor Hugo hasta nuestros tiempos. Y no quiero citar los de Noé.

Y mire, es lástima, porque no maneja usted mal los versos; pero hágase cargo: ha ido usted á escoger las cerezas, que tienen la respetable antigüedad de las coles.

H. V. N. — Barcelona. — Los heptasilabos tienen... siete sílabas, aunque sea contando por los dedos como las viejas; además cargan el acento en la segunda, cuarta y sexta, y si usted acentúa la primera y la quinta, habrá escrito un renglón de siete sílabas, pero no será verso jamás.

A. M. T. — Jaca. — ¿Con que *Madrid Cómico* le admite sus composiciones? Ni aunque me lo jure en cruz lo creo. Y sino envíele usted esa misma balada que empieza

La luna al brillar
nos fuimos al altar
y allá comimos
de Dios el sagrado pan.

Y verá usted como le ponen.

F. L. — Madrid. — Se habrá quedado en correos.

J. S. — San Sebastián. — Si damos la *égloga* á los cajistas nos echan el componedor á la cara. ¡315 versos de cursiva!

Tengan paciencia los demás señores que esperan contestación.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia
al administrador D. PEDRO MOTILBA.

Rambla del Centro, kiosco número 3

—◆— * PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN * —◆—

España y Portugal, semestre . . . 6 pesetas

Año. 11 »

Extranjero y Ultramar, un año . . . 17 »

Número corriente, 20 céntimos

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado.

Tipografía LA ACADÉMICA, de Serra H^{nos} y Russell, Ronda Universidad, 6; Teléfono 861. — Barcelona